

Transcripción aproximada de mi intervención en la cena-homenaje a D. Manuel Pérez y Pérez, en Zafra, el 11 de septiembre de 2015.

Señoras y señores, muy buenas noches.

Yo podía intentar evocar aquí a nuestro amigo Manolo fijándome en mi relación personal con él, recordando tantas anécdotas, tantos debates, tantas ideas... Pero creo que este no debe ser el caso. Eso podrían hacerlo mejor otros muchos que fueron amigos suyos antes que yo, antes incluso de que quien les habla hubiese llegado a Zafra, e incluso hubiese nacido. Cualquiera de estos veteranos amigos desgranarían con mayor emoción el recuerdo personal.

Por eso, considero que mi obligación es hablar de Manolo Pérez desde el punto de vista de la proyección pública de su personalidad y de sus ideas. Evidentemente, lo haré en esbozo, todo lo esquemáticamente que el momento requiere.

Cierto es que hablamos de la influencia social de las personas cuando el ejemplo vital de estas es de utilidad para la comunidad. Este es el caso. Y, dentro de esta pulsión social en la vida de Manolo, les quiero hablar de dos facetas de un mismo espíritu: la palabra y el compromiso.

Empezaré por la palabra: por el conversador infatigable que mojaba las conversaciones con buen vino (bien decía Hemingway que el vino es de las cosas más civilizadas). Por el polemista irreductible que podía permitirse el lujo de manifestarse con toda rotundidad. El Manolo que, como buen español de corazón vehemente, podía llegar a la obcecación aunque siempre, incluso en sus errores, se regía por el interés por una Zafra mejor, por una España mejor. El Manolo que no temía que sus opiniones causasen disgusto o exasperación, y que suscribía con sus hechos aquellas palabras geniales que Quevedo dirigió en epístola al todopoderoso Conde-Duque de Olivares: "No he de callar, por más que con el dedo / ya tocando la boca, ya la frente / silencio avises o amenazas miedo".

El Manolo de la palabra es uno de esos ilustrados de hogaño, tan necesarios en una España en la que sobran tanto analfabeto militante y tanto rencor. El que posee una cultura que le permite, como decía Platón, "ser un ciudadano cabal de la comunidad".

Y tenemos al Manolo Pérez comprometido. Compromiso que también tiene mucho que ver con lo que acabamos de decir, con palabra dada. Compromiso empresarial. Compromiso político, que le hizo transitar ese mundo en las primeras filas; en realidad, nunca lo abandonó, si bien su interés se manifestaba después como ciudadano. Y, sobre todo, pasión por Zafra como máxima expresión de esos afanes.

Este compromiso social le lleva a participar activamente en todo tiempo de entidades, asociaciones, movimientos o plataformas, siempre como miembro destacado de la sociedad civil, siempre a pesar de los pesares.

Y en estos empeños trató con todos, sin que las ideas de sus interlocutores fuesen obstáculos para buscar los puntos de entendimientos que él consideraba imprescindibles en aras del bien común. Esto, en una sociedad que manifiesta una palmaria tendencia a delimitar zonas de exclusión y al amojonamiento ideológico. Y buena prueba de ese talante es que esta noche, en este salón, hay personas que quieren reconocer los méritos de Manolo, aun desde la distancia ideológica. Porque Manolo buscaba, ante todo, el progreso y el desarrollo de Zafra, su patria chica, a la que, sin haber nacido en ella, amaba, como decía Séneca, no por grande o pequeña,

sino por ser la suya. A la que quería y por la que sufría cuando se frustraban expectativas o proyectos en los que puso tanto esfuerzo, tanto trabajo, tanta ilusión, tanta vehemencia.

Estamos hablando del Manolo comprometido. Del que hubo de renunciar a tantas cosas, del que dedicó su tiempo sin medida a causas acertadas o equivocadas, siempre vividas con generosidad. Causas que le valieron enemistades, por qué no decirlo. Y quizá también envidias. Ya sabemos que la envidia, para Ruiz Zafón, es “un ciego que quiere arrancarte los ojos”. O como afirmaba Unamuno, es un hambre peor que la física, porque es hambre espiritual.

Dejemos, no obstante, de lado lo que pudiera resultar negativo. Me quedo con las dos ideas de las que les vengo hablando: palabra, compromiso. Dejo muchas otras sin exponer, pero no hacen falta más párrafos para justificar los méritos de los que trae causa este homenaje. Ustedes lo avalan con su presencia.

Esto me lleva a una penúltima reflexión: ¿por qué, en esta España de nuestras cuitas, tenemos la manía del homenaje póstumo? ¿Por qué no se prodigan más los reconocimientos en vida? En este sentido, y ahora que nadie nos escucha, les diré que nuestro querido Manolo rechazó, por dos veces, un prestigioso galardón. Por dos veces le transmití que se le había otorgado, y siempre se excusó. Y no lo crean que lo hacía por soberbia, que ya saben que san Agustín decía que la soberbia no es grandeza, sino hinchazón. Lo hacía, lisa y llanamente, por humildad. Soy testigo, y por lo tanto puedo dar fe de lo que les digo.

De modo que hoy cumplimos aquí con un deber. Damos curso en este acto a una obligación, a un imperativo moral, sin que ahora Manolo pueda oponerse. Nos perdonará nuestro amigo, pero hoy tocaba.

Y ya finalizo. Decía Ortega que “cuando muere un hombre eminente, queda como un hueco social”. Creo que el mejor modo de reconocer los méritos de Manolo es asumirlos como ejemplos e intentar cubrir ese hueco, de tal modo que su pasión por las cosas de Zafra y de España, por una sociedad mejor, encuentre en nosotros dignos continuadores.

Muchas gracias.